



Taiwán y China: histórica tensión

Entrevista con el Profesor Manel Ollé (UPF)

CHIAO IN-CHEN

Profesor/a en Historia de Asia Oriental, UAB



Manel Ollé (Barcelona, 1962) es profesor titular en Historia y Cultura de la China Moderna y Contemporánea en el Departamento de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra (UPF Barcelona). Las principales líneas de investigación que desarrolla se circunscriben al campo de estudios sobre la Asia Marítima, las relaciones entre China, el sureste de Asia y Europa en la era moderna y contemporánea, así como las transformaciones sociales y culturales de China y de Taiwán en las últimas décadas. Es miembro de la Unidad Asociada del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) "Grupo de Estudios de Asia Pacífico". Es investigador visitante en el *National Research Centre of Overseas Sinology* Beijing Foreign Studies University (BFSU Beijing).

Es autor de los libros *La invención de China* (Harrasowitz Verlag 2001), *La Empresa de China: de la armada invencible al Galeón de Manila* (Acantilado, 2002), *Made in China: el despertar social, político y cultural de la China contemporánea* (Destino 2005), *La Xina que arriba* (Eumo, 2012) e *Islas de plata, imperios de seda: juncos y galeones en los mares del sur* (Acantilado, 2022).

¿Cómo podemos entender el “Consenso de 1992” con una mirada actual? Actualmente en la relación Taiwán-China, ¿existe algún espacio para volver a negociar sobre ese consenso?

A principios de la década de 1990, tanto en el contexto del pragmatismo económico, y del reformismo la apertura del lado continental (la República Popular China) como en el contexto de la transición democrática y el fin de la dictadura del Kuomintang (KMT) y de la Ley Marcial imperante hasta 1987 en el lado insular (La República de China, es decir Taiwán), lo prioritario para ambos lados era abrir canales viables para que fluyese la inversión taiwanesa a Fujian, el intercambio de mercancías, y personas entre ambos lados del estrecho de Formosa. El llamado “Consenso de 1992” (concepto algo pomposo que se puso en circulación ocho años más tarde, el año 2000) era apenas un acuerdo de mínimos que básicamente lo dejaba todo abierto en el plano político-diplomático, postpuesto y dejado en la indefinición. A nadie le interesaba entonces realmente pensar en la unificación. El único consenso político al que se llegó en 1992 era el del principio compartido por ambos lados de que solo hay una sola china. Pero al mismo tiempo, ambos lados declararon explícita y formalmente que tan solo se ponían de acuerdo en estar en desacuerdo sobre la interpretación de lo que quería decir esa única “china”. Para un lado, esta única “China” era la República Popular China (de la que Taiwán debía ser una región especial) mientras para el otro lado “China” era la República de China (aunque su gobierno solo tuviese jurisdicción efectiva sobre las islas de Taiwán, Penghu, Mazu, etc.). Aquel acuerdo cumplió su cometido: la inversión, el negocio y el flujo humano a través del estrecho de Formosa creció y siguió avanzando, pero a los pocos años aquella ambigua fórmula mágica del “estar de acuerdo en estar en desacuerdo” en la delimitación de lo que es “China” dejó de funcionar. Pequin pronto dejó este consenso en papel mojado: impuso su versión unívoca de forma restrictiva: solo es aceptable, válida y negociable su interpretación de lo que es “China” (la República Popular), el “consenso” pasó a entenderse como un marco que debía conducir necesariamente, de forma más o menos transicional, a la absorción de Taiwán dentro de la República Popular, negando el bilateralismo implícito en los acuerdos de 1992. Dejó de existir el “acuerdo en el desacuerdo” cuando por el lado taiwanés se planteó que cualquier negociación se producía entre dos estados realmente existentes (Taiwán es *de facto* un estado independiente, con su ejército, su moneda, su democracia avanzada, su administración y su diplomacia formal o informal y una economía de volumen similar a la española y un valor tecnológico estratégico global creciente por su capacidad de fabricar casi el 90% de los microprocesadores más pequeños y avanzados del mundo). Cuando China

invoca ahora la necesidad de partir del “Consenso de 1992” solo se refiere a la parte del acuerdo en la que se afirma que solo hay una China. La versión taiwanesa de lo que es China no cuenta. Se considera a Taiwán como una “provincia rebelde”, una entidad subestatal, díscola y regional, que debe regularizar su situación, de manera quizás pactada, pero en cualquier caso subalterna, cosa que no es lo que se afirmaba en el “Consenso de 1992”. Que desde entonces en Taiwán hayan gobernado más tiempo mandatarios que disienten de esta interpretación pekinesa unilateral y restrictiva, y que hablan de una relación especial entre estados, es un indicador de cómo están las cosas. Pekín plantea la adhesión a su interpretación del consenso del 1992 como un pre-requisito ineludible para cualquier marco de negociación con Taipéi. Con un gobierno en Taiwán del llamado campo “azul” (es decir del KMT y partidos o grupo afines) sí que sería posible que se active un proceso acelerado y forzado de negociación, conducente a la absorción más o menos acelerada pero irreversible de Taiwán, y a una consideración de algún grado de singularidad limitada dentro de la República Popular.

Taiwán jugó un papel importante durante la Guerra Fría como aliado de los EUA. Comparándolo con la situación actual, Taiwán ha vuelto a ser un aliado importante para los países occidentales ante la hegemonía de China en el marco Asia-Pacífico. Según su punto de vista, ¿son dos situaciones comparables?

La Guerra Fría dejó en herencia dos coreas, dos alemanias y dos chinas, la República Popular China y la República de China (aun hoy el nombre oficial de Taiwán, entidad que es directa continuadora del régimen republicano que hizo caer el imperio en 1911). Cuando Estados Unidos promovió la entrada en la ONU de a la República Popular en 1971 (para conseguir así un aliado asiático en el freno al avance soviético en el sureste de Asia, sabiendo que “Indochina”, es decir Vietnam, Laos y Camboya, estaban ya perdidos), el socio prioritario de los Estados Unidos pasó a ser la República Popular China, no Taiwán. Lo que en la última década ha cambiado básicamente es que Pequín ha dejado de lado sus compromisos con los EUA de 1972 de nunca forzar militarmente una unificación, de nunca atacar a Taiwán para incorporar la isla a su soberanía efectiva. Pekín está decidido a alterar militarmente el *status-quo* existente, así como la continuidad de Taiwán como país soberano e independiente *de facto*. La situación no es comparable, pero una acción militar china en Taiwán puede desencadenar turbulencias globales de alcance económico y bélico de altísimo riesgo. Ante las continuas amenazas y maniobras militares chinas, ciertamente los Estados Unidos y otros países (Australia, Japón, Reino Unido, la Unión Europea), de formas y en gradaciones distintas, han intentado disuadir la escalada militar subiendo el precio de su coste bélico y económico, mostrando su apoyo a que Taiwán pueda defenderse de

forma efectiva en caso de invasión.

El principal partido de la isla, el Kuomintang (KMT), ha jugado (y juega) un papel determinante en la propia historia de la República de China (en Taiwán), especialmente con las dictaduras de Chiang Kai-shek y Chiang Ching-kuo. Visto con perspectiva, ¿cómo interpreta la actual sociedad taiwanesa el papel del KMT?

El KMT ha intentado alejarse del estigma dictatorial de aquel periodo. El otro gran partido taiwanés, el DPP (Partido Democrático Progresista) sí que capitaliza en conmemoraciones e intentos de mantener viva la memoria histórica. Sin embargo, no deja de ser significativo que el miembro de KMT Chiang Wan-an (蔣萬安) el actual alcalde de la capital, Taipéi, sea el biznieto del dictador Chiang Kai-shek...

Conceptos como “la línea de los 9 puntos” o “la línea de 10 puntos” amparados por el anhelo de Beijing de una ampliación territorial en el Mar meridional de China están marcando la agenda geopolítica en la región. ¿Cómo podemos entender este tipo de proclamación por parte de la autoridad China? ¿Cómo está afectando a los países implicados de la región?

Los primeros mapas chinos que reclaman como propias todas las aguas de los mares del sur, hasta muy cerca de las costas de los países de la región, datan de la década de 1940, cuando el gobierno nacionalista del KMT de Chiang Kai-shek controlaba no solo Taiwán sino también el continente, poco antes del triunfo de la Revolución de Mao Zedong. En los últimos años la ambición pekinesa de controlar la soberanía sobre estas aguas y archipiélagos de valor estratégico (por la circulación de mercantes y naves militares, y por su potencial de explotación gasística y petrolera) ha generado conflictos con Vietnam, Malasia, Filipinas, Brunéi y Japón. El intenso y sorprendente acercamiento de Vietnam (y en menor medida Filipinas) a Estados Unidos se entiende como reacción a estas ambiciones expansivas pekinesas. En este contexto, cualquier acción sobre Taiwán sería un golpe de efecto para alterar el orden regional y mundial: implicaría de facto una acción sobre toda esta región y todos estos actores... Hay en la China de la última década un giro preocupante, no solo autoritario, sino también nacionalista y neo-imperial.

Existe una tendencia actual basada en comparar la situación de Ucrania-Rusia con Taiwán-China. ¿Cómo ve usted este paralelismo? ¿Cree usted que son comparables?

Son contextos muy distintos, pero serían en parte comparables en algún aspecto si realmente la República Popular China invade Taiwán. El paralelismo trágico puede ser el de que los consejeros militares iluminados que imaginan teóricos escenarios bélicos de conflicto fulminante, rápido e indoloro (como los que Putin imaginó en Ucrania) pero que desencadenen un escenario bélico peligrosísimo y empantanado. Un conflicto en Taiwán sería algo mucho más catastrófico a nivel local, regional y global. No sería para nada una guerra clásica de posiciones terrestres. Hablaríamos de misiles sobre grandes poblaciones. Sería una guerra de alta tecnología. Económicamente sería una debacle global: más del 70% de las mercancías marítimas mundiales circulan por la región. Al margen del tema de los microprocesadores (casi todos vienen de la región) que paralizarían la industria, el 90% de los suministros farmacéuticos dejarían de llegarnos, por ejemplo... Se hundiría sin duda la economía mundial. Las previsibles sanciones y tensiones económicas generarían turbulencias sin precedentes, en nada comparables a lo de Ucrania. Por no hablar del peligro de escalada regional y global del conflicto bélico...

Taiwán celebrará elecciones presidenciales en 2024. Actualmente, existen cuatro posibles candidaturas, a saber: la del actual vicepresidente Lai Ching-te (Partido Progresista Democrático), la encabezada por Hou You-yi (Kuomintang), la liderada por el exalcalde de Taipéi, Ko Wen-je (Partido Popular) y la abanderada por el ex CEO de la empresa Foxconn, Guo Tai Min (independiente). ¿Nos podría ofrecer una previsión sobre estas elecciones? Además, ¿nos podría explicar por qué son importante estas elecciones?

Pequín ha optado por acelerar e implementar a cualquier precio sus ambiciones sobre Taiwán. Si el sector azul del espectro político taiwanés se une y se aglutina alrededor del KMT o alguno de los dos otros candidatos partidarios de una unificación a medio-largo plazo, pueden ganar, pero la presión de Pekín no disminuirá: se combinará la amenaza militar e incluso la posibilidad del bloqueo con la ofensiva diplomática, se acelerará el paso para conseguir la aceptación taiwanesa de medidas irreversibles de integración, que sin duda generaran tensiones interna en Taiwán y progresiva injerencia de Pekín en la gestión de los asuntos internos taiwaneses. Si gana el sector "verde", es decir el partido que ha estado en el poder en los últimos 8 años, el DPP, y que rechaza el compromiso de dependencia frente a Pekín y apuesta por el mantenimiento del status-quo, Pekín puede sentir la tentación de usar la presión militar dura: el bloqueo aéreo y naval de la isla, dejando a la isla aislada, sin suministros de ningún tipo, sin cables de acceso a internet... forzando una rendición incondicional, o bien la invasión directa, en el momento en el que imaginen que están en condiciones de acometerla con éxito. El cinismo global al uso puede llegar cuando (en nombre de los

intereses económicos, de las simpatías izquierdistas o del pacifismo) haya quien culpe a los votantes taiwaneses de votar mal, de “provocar” una guerra, si no votan lo que Pekín quiere...

La preparación militar de Taiwán ante aumento de la tensión en el Estrecho de Taiwán está polarizando la sociedad taiwanesa. Según usted, ¿qué papel debe de jugar el ejército taiwanés en este contexto? ¿Cree que la sociedad taiwanesa es propensa al fortalecimiento del papel del ejército?

Es una polarización relativa. Pero esta es una de las bazas de Pequín. Los taiwaneses están muy lejos de la fiereza patriótica de los ucranianos. Una parte de la población puede sentirse tentada a aceptar la imposición y la pérdida de libertades y de soberanía antes que defenderlas. No hay que olvidar que para la población taiwanesa es como si la República Democrática Alemania (RDA), la oriental, la de Honecker con su *stasi* en marcha, hubiese pretendido absorber por la fuerza a la República Federal, o como si Corea del Norte pretendiese absorber a la Corea del Sur, salvando las diferencias, que no son tantas.

Beijing considera Taiwán como “una provincia rebelde” y de facto como un territorio propio desde la finalización de la Guerra Civil china en 1949. Los intentos para solucionar esta situación desde 1949 han sido diferentes por parte del Partido Comunista Chino, pasando por el militar hasta el para-diplomático. Según su punto de vista, ¿la unificación china a través del marco “un país, dos sistemas” ofrecida por las autoridades chinas a Taipéi puede tener un recorrido exitoso?

El marco de “un país dos sistemas” se formuló inicialmente a principios de los años 1980 pensando en Taiwán. Luego se aplicó en Hong Kong, pero el giro autoritario de la China de Xi Jinping ha eliminado durante la última década (en nombre de la seguridad y la estabilidad) en todos los campos y todas las esferas los excepcionalismos, espacios de disensión y las pluralidades, informativas, de género, políticas, de sociedad civil, identitarias, culturales, sociales, laborales o territoriales que se habían ido abriendo paulatinamente en las tres décadas anteriores. La represión fulminante contra la reacción de la población de Hong Kong ante los intentos de recortar sus libertades ha dejado obsoleto aquel modelo. Hong Kong ya es una ciudad china más, y va camino de convertirse en un barrio de Shenzhen dentro del proyecto de la macroárea metropolitana de la Gran Bahía, con Cantón... Al principio Pekín respetaba sus compromisos de no interferir en los derechos civiles, las libertades y el autogobierno de Hong Kong, para mostrarlo como ejemplo tranquilizador a los taiwaneses, de que no debían preocuparse, de que bajo soberanía pekinesa su vida seguiría siendo más o

menos igual, pero el nuevo clima político autoritario y nacionalista de Pekín ya no acepta maneras no normativas de ser chino, que no pasen por los valores y las normas del Partido Comunista, en lo cultural, lo religioso, lo identitario, o lo político. En el libro blanco sobre Taiwán que Pekín expuso en el verano de 2022, se prevé un modelo de gestión de Taiwán mucho más intervencionista, con presencia efectiva de administradores y fuerzas de orden enviadas por Pequín. Hay ya evidencias de que el gran ideólogo del régimen, Wang Huning, miembro de la permanente del politburó del Partido Comunista, y mano derecha de Xi Jinping, esta formulando el nuevo marco, la nueva política para Taiwán, la nueva oferta a los taiwaneses que puede emerger en cualquier momento: de momento en sus discursos aún vagos habla del “Consenso del 1992”, pero no de la fórmula un país dos sistemas. Un país, un sistema es ya innegociable para Pekín.